

Ya el encendido enojo le alteraba,  
Y le robaba la color primera:  
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,  
Ya se mostraba madre verdadera,  
Cual inconstante nao en mar airada,  
De un viento y otro aquí y allí llevada.  
Muere el amor porque la honra viva,  
Sale la injusta muerte victoriosa;  
Bárbaro pecho, cruel, de madre esquivada,  
Si tanto estimas una fama honrosa,  
Mira, arrogante furia vengativa,  
Que no es honra matar así una diosa,  
Ni la hace menor, sino mas ancha,  
Queimar el paño por sacar la mancha.  
En la mano el fatal tronco tenia,  
En su cruel intento ya quemado:  
«Si de este el fuego ha de nacer, decia,  
Que el triste reino dejará abrasado,  
Perezca aquí tu vida con la mia,  
Antes que el daño llegue á ser doblado  
Que los raros principios portentosos  
No prometieron fines mas dichosos.  
Es mas que el vidrio la honra delicada  
Al limpio adorno de una real doncella,  
De huirse fácil, de guardar pesada,  
Muerte el seguilla, y muerte el no tenella:  
Con mentira y verdad queda manchada:  
La obra imprime y la palabra en ella,  
Y aunque la mancha en la verdad se lava,  
La señal queda, que jamás se acaba.  
¿Pues yo qué aguardo si en el vulgo siento  
La tuya, incauta Dúlcia, andar perdida  
De lengua en lengua por el mudo viento,  
A quien tú has dado lengua tan cumplida?  
Si es menos que tu culpa este tormento,  
Todas deudas se pagan con la vida,  
Si joya en tí de mas valor hallara,  
En esa el yerro de tu honor vengara,  
Que el vulgo pregonero de maldades  
En veneno convierte cuanto toca,  
Ni mira ni perdona calidades,  
Ni que la culpa sea mucha ó poca:  
Mas juntando mentiras con verdades  
La infamia crece, y el honor apoca,  
Y para dar al blanco adonde tira,  
La verdad hace igual con la mentira.  
Fenezca, pues, tu vida y mi contento,  
Aunque eres digna de mayor castigo.  
¿Dónde me lleva este furor violento?  
Mas que el amor es el honor mi amigo:  
¿Soy madre, ó soy verdugo, ó instrumento  
De alguna furia que sus pasos sigo?  
¿Qué es del materno amor, y el pecho tierno,  
Que un día tu cielo fue, y es hoy tu infierno?  
¿Tan presto un solo enojo me ha robado  
Mil penas y dolores que me cuestan?  
¿De dulce madre el nombre regalado  
De tan liviano peso es en mis costas?  
Vive, que si el amor es del culpado,  
No han de pagar tus lágrimas sus fiestas:  
Mi hija fue á decir, mi Dúlcia dijo,  
Y aun deste mi amoroso se desdijo.  
¿Qué digo? ¿estoy en mí? ¿estoy trocada?  
¿Creta será á una adúltera ofrecida?  
¿O si fuera tu vida desdichada  
En la primera brasa consumida!  
Estuviera tu muerte ya olvidada,  
Sin señal en mi pecho la herida,  
Atajada tu culpa, y mi pecado,  
Y el presente dolor fuera pasado.  
Recibe el justo precio á sus hazañas,  
Y el castigo menor, que lo mereces,  
Y abrase este cruel fuego mis entrañas,  
Pues que naciste allí, y aquí feneces:  
Dos vidas que me debes tan estrañas

Quiero cobrar de tí, no de dos veces,  
Con una muerte quedaré contenta,  
Pagada de dos vidas, y una afrenta.  
La primera te dí, cuando en mi pecho  
El ser que ahora tienes recibiste,  
Y la segunda que este daño ha hecho,  
Cuando librada en este ramo fuiste:  
Todo queda en tu muerte satisfecho,  
Muere, que al fin para morir naciste,  
Y no irás sola, que este mismo fuego  
Tras tí me llevará á buscarte luego.  
Dijo, y temblando el brazo desmayado,  
El rostro vuelto, que su error no viese,  
El funesto tizon al fuego ha dado,  
Que un gemido mortal se oyó que diese:  
De la invencible llama rodeado,  
Como por todas partes se encendiese,  
Dúlcia ignorante, y de su mal ausente,  
Con un nuevo calor arder se siente.  
Las entrañas el fuego le consume,  
Sin causa, y de repente procedido,  
Y aunque con su valor y brio presume  
Vencerlo, queda su valor vencido:  
Ya la enemiga parca se resume  
En dejar el estambre dividido,  
Cae en el triste lecho desmayada,  
Cual tierna fruta sin sazón cortada.  
Crisalba entre sus brazos soberanos  
El desmayado cuerpo sostenia,  
Apriétale las suyas con sus manos,  
Como quien darle su salud queria:  
No juzga sus dolores por livianos,  
Mas tampoco creyó que se moria,  
Dúlcia perdida la color de rosa,  
Así le habla y tiembla temerosa:  
«Llamarme con delgadas voces siento  
Del seno obscuro de la tierra helada,  
Tristes sombras cruzar veo por el viento,  
Y que me llaman todas de pasada:  
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento,  
Cielos, ¿á cual deidad tengo agraviada,  
Que en medio de mi dulce primavera  
Con tan nuevo rigor quiere que muera?  
Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte,  
¿qué mayor muerte quieres que dejarte?  
Si me era paraíso y gloria el verte,  
¿Qué gozaré dejando de gozarte?  
Si el morir siento menos que perderte,  
No es por que quedas, mas por no llevarte  
Donde me llaman: ¡ay Crisalba mia,  
Que es temeroso trance esta agonía!  
Sola á ti he dado cuenta de mi vida,  
Sola á ti he descubierto mis amores,  
Como á la secretaria mas querida,  
Que el cielo pudo darme en sus favores:  
Si eres desta alma la mitad partida,  
Si te obliga el amor á mis dolores,  
Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido  
Por alivio del paso á que he venido;  
Que si acaso aquel dios, cuya memoria  
Siempre en mi alma vivirá guardada,  
Llegaré aquí, despues que la victoria  
Mia esté por la muerte declarada,  
Le cuentes con dolor mi amarga historia,  
Y por fin de la muerte desdichada  
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte,  
Mas me mató su ausencia que mi muerte.  
Que si con estos ojos ver pudiera  
Su beldad cual está en mi fantasía,  
Pequeño brazo el de la muerte fuera  
Para dejarme sin la vida mia:  
Y si por ser mortal al fin muriera,  
Muriera no tan falta de alegría,  
Sirviéndome su boca de aposento  
A este mi último espíritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido  
El encendido amor que me ha mostrado,  
Hiciera al fin con su valor cumplido  
Este paso y dolor menos pesado:  
Siento la muerte, porque no he vivido,  
Y en edad peligrosa me ha hallado,  
Cuando al mundo mi vida parecia  
Alegre flor al despertar del día.  
Siento que esta semilla soberana,  
Que ahora viva en mis entrañas siento,  
Antes de ver la luz muerte temprana  
Compre á cuenta de darle yo el sustento;  
Y que la parca cruel en la liebra vana  
Antes de urdirle dé el golpe violento,  
Y en el breve morir solo le cuadre  
Ser hija y heredera de tal madre.  
Siento que ya la vida se me acaba,  
Y que el alma comienza á desasirse,  
Y el fresco aliento que vigor me daba  
Dentro del pecho en fuego convertirse.  
Así la bella Dúlcia se acababa,  
Cual se ve tierna antorcha consumirse,  
Y Crisalba mas muerta que su hermana,  
Así le aplica una esperanza vana.  
«Vive, mi Dúlcia, de temor segura,  
Que no será tu mal tan poderoso,  
Aunque se junte á él mi desventura,  
Que de tal vida salga victorioso:  
No se desdore así tu hermosura,  
Que el carmesí de ese clavel hermoso  
No le verá la muerte, aunque atrevida,  
Por no cobrar en verlo nueva vida.  
Si el cielo me da un nudo como puede,  
Yo ligaré tu alma con la mia,  
Y haré que entre las dos así se enrede,  
Que sigan ambas una misma via:  
Ni la mia vaya ni la tuya quede  
Ausente de su dulce compañía,  
Antes iguales en ventura y suerte  
Pasen por una vida, y una muerte.  
Gozarnos hemos tiempo sin medida,  
No estés de lo contrario recelosa,  
Y allá la muerte tras la edad cumplida,  
En su lugar será pieza forzosa:  
Vendrá menos aceda y desabrida,  
Que al fin es la vejez carga penosa,  
Y en un mismo sepulcro verturoso  
Un lecho gozaremos, y un reposo.»  
Así Crisalba á Dúlcia consolaba,  
Y así Dúlcia se estaba consumiendo,  
Y aquella poca vida que faltaba  
Por el aire sutil se fue buyendo:  
Huyó el aliento que el vivir le daba,  
Como marchita y débil flor cayendo,  
La brasa consumida y acabada,  
Entre blanca ceniza amortiguada.  
Si cien lenguas distintas y acordadas  
El cielo á esta sazón me concediera,  
Y en ellas las palabras mas limadas  
Que hay en la clara discrecion pusiera,  
Fuera de aliento corto y limitadas,  
Si encarecer con ellas pretendiera  
El dolor, sentimiento, angustia y llanto  
Que en Crisalba causó el mortal espanto.  
«Oh humana muerte de inconstancias llena,  
Con quien ni vale gracia ni hermosura,  
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena,  
En su misma grandeza se asegura!  
¿No hay tiempo claro, ni alma tan serena,  
A quien no siga invierno y noche oscura,  
Ni alegre sangre en juveniles años  
Libre de riesgo y máquinas de engaños!  
¿Ahora el cabello enlace y la garganta  
Con las perlas del mar que Arabia cria,  
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta

Riqueza el monte Imabo á Persia envía!  
¡Ahora de la beldad que al mundo espanta  
Las flores goce, y donde muere el día  
Suene su voz, y corra desde Oriente.  
Libre de lengua en lengua, y gente en gente!  
¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,  
Despiertos sueños de la humana vida,  
Que corre y vuela de uno en otro daño  
Hasta donde la muerte está escondida,  
Cortando á todos de vestir de un paño,  
Sin hacer diferencia en la medida,  
Que son el pobre, el rico, el flaco, y fuerte,  
Iguales á las puertas de la muerte!  
¡No del Tigris las ondas espumosas,  
Que en furiosos raudales van pasando,  
Ni de Venus las aves amorosas  
En sesgo vuelo por el aire blando,  
En curso igualan las humanas cosas,  
Que los tiempos tras sí llevan volando,  
La pena sola, y el dolor mas breve,  
Parece á donde está que no se mueve!»  
Así iba el rey de Persia lamentando  
Su larga historia, corta de ventura,  
Al tiempo que tambien el conde Orlando  
Del valle de Pomier por la espesura,  
A Garilo y los suyos declarando  
La artificiosa enigma antes obscura,  
Con el discurso deste dulce cuento  
La verdad confirmó de su argumento.  
«Todas las cosas que en el mundo vemos,  
Cuantas se alegran con la luz del día,  
Aunque de sus lenguajes carecemos,  
Su habla tienen, trato, y compañía:  
Si sus conversaciones no entendemos,  
Ni sus voces se sienten cual la mia,  
Es por tener los hombres impedidos  
A coloquios tan graves los oídos.  
¿Quién publica á las próbidas ovejas  
Sus sabios aranceles y ordenanzas?  
Y ¿á quién el ruiseñor envía sus quejas  
Si siente al cazador las asechanzas?  
¿Quién á las grullas dice, y las cornejas,  
De los tiempos del mundo las mudanzas?  
Y al prado que florece mas temprano,  
¿Quién le avisa que viene ya el verano?  
¿Quién sino estos lenguajes, que escondidos  
No de todas orejas son hallados,  
Mas de sus sordas voces los ruidos  
Los raros hombres á quien dan cuidados:  
Tan absortos los traen, tan divertidos,  
Y en tan nuevas historias ocupados,  
Que es fuerza en esto confundirse todos  
En varios casos por diversos modos.  
Creese que del ruido que las cosas  
Unas con otras hacen murmurando,  
De su armonía y voces deleitosas  
Las suspensiones dan de cuando en cuando;  
Que en su canto y palabras poderosas  
Así el seso se va desengazando,  
Que el de mas grave precio se alborota,  
Y el saber de mayor caudal se agota.  
Desto á veces se engendra la locura,  
Y las respuestas sin concierto dadas,  
Sin traza al parecer, sin coyuntura,  
Ni ver cómo ni á quién encaminadas:  
Los árboles, los campos, su frescura,  
Las fuentes, y las cuevas mas calladas  
A quien llega á sentir por este modo,  
Todo le habla, y él responde á todo.  
Y el no entender ni oír este lenguaje  
Con que el mundo se trata y comunica,  
Y á su Criador en feudo y vasallaje  
Eternos cantos de loor publica:  
La ocasion cuentan que es cierto brebaje,  
Que el engaño en naciendo nos aplica,



De groseras raíces de la tierra,  
Que el seso embota, y el sentido cierra.  
Mas aquel que por suerte venturosa,  
Y favorable rayo de su estrella,  
La voz desta armonía milagrosa  
Libre de imperfeccion llega á entendella;  
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,  
Que á todas horas ocupado en ella  
A solo su feliz deleite vive,  
Y de otra cosa en nada le recibe.

No es invencion ni fábula compuesta,  
Que ya por mí este caso ha sucedido,  
Llegando sin pensar á una floresta,  
Junto á una cueva en un lugar florido:  
Al pié de un roble por pasar la siesta  
Al son del agua me quedé dormido,  
Y una serpiente en tanto que dormía  
Los oídos > el rostro me lamía.

Desligóme el sentido de manera,  
Que cuando desperté quedé admirado,  
Porque en formado tono, y voz entera,  
Hablar oí las flores del collado;  
Y un árbol por historia verdadera  
Me contó, que en la cueva de aquel prado  
Medoro hizo á Angélica la bella

Seis dias antes dueña de doncella.

Sobresaltéme, y escuchando atento  
El bosque sospeché que era encantado,  
Y por albricias del amargo cuento  
Furioso todo lo dejé asolado:  
Partíme con un nuevo descontento,  
Oyendo hablar las selvas, el ganado,  
Los árboles, los rios, y las fuentes,  
Las piedras, los collados, y las gentes.

Esta fue la ocasion que ya algun día  
De mí el mundo creyó que loco estaba,  
Porque aunque preguntaba y respondia,  
Ni el porqué vian ni con quién hablaba;  
Hasta que Astolfo por la estraña via  
De un licor peregrino que él usaba,  
Me cerró como de antes los oídos,  
Y volvió á su concierto los sentidos.

Pues en el tiempo que escuchando anduve  
Encubiertas historias no entendidas,  
Increibles son las fábulas que tuve,  
Sin querer aprenderlas, aprendidas:  
Y ehtre otros cierto día me detuve  
En oír de unas tragedias nunca oídas,  
Lo que ahora quiero que por prueba quede  
De lo que vale la ventura y puede.

Y no se entienda que es cuento inventado  
De mi persona y gravedad indino,  
Que aunque de humilde cuerpo, va fundado  
En caudal y discurso peregrino:  
No está todo el valor en lo abultado,  
Menudo es el aljófar, y si es fino  
No pierde por menudo en buen consejo  
Lo que por limpio gana, y por parejo.

Junto á los arruinados paredones  
De la antigua Cartago llegué un día,  
Y cansado de oír lamentaciones  
Que cada piedra contra el tiempo hacia  
Juzgando por las mias sus pasiones  
A la sombra de un álamo, que abria  
Pomposa rueda con sus ramos huecos,  
De un ruiseñor me puse á oír los ecos.

Venia su nueva libertad cantando  
Que de una jaula de oro al libre cielo  
Burlada la prision, el aire blando  
En ligero cortó, y delgado vuelo:  
Y las vecinas selvas convidando  
De su arpado canto el gran señuelo,  
Así cercado de aves, y de espanto,  
Oyendo todas prosiguió su canto.

«¡Oh dulce libertad! dichosa prenda,  
A ningun bien humano comparada,  
Sin quien del mundo la dorada rienda  
Es por mas bien que dé carga pesada:  
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,  
Jardines, ni comida regalada,  
Música, cantos, aparatos, galas,  
Ricas bajillas, y entoldadas salas:

Ni los demás deleites que al sentido  
El real cetro y su lisonja ofrece,  
Todo sin libertad es bien fingido,  
Falsa alquimia sin ley, que oro parece:  
Ya en rica jaula, y en jardin florido,  
A quien lo mejor de Africa obedece,  
Vi yo mi albergue hecho, y mi arpada  
Lengua de graves reyes escuchada.

Defendido de archeros, que por horas  
La guarda hacen de mi altiva casa,  
De sabroso manjar, y aves cantoras,  
La mesa puesta, y los saraos sin tasa:  
Estanques de cristal, fuentes sonoras,  
Y lo que á todo junto escede y pasa,  
Perdido el riesgo, el miedo, y la sospecha  
De sutil red, y de invisible flecha.

Mas todo junto, ¡oh libertad preciosa!  
Contigo ni se iguala, ni te llega,  
Por tu riesgo troqué mi paz sabrosa,  
Y el real jardin por esta estéril vega:  
Sola entre sus deleites una cosa  
A mi gusto tu nuevo estado niega,  
Que es privarme de ver la llena luna  
De aquel soberbio mónstruo de fortuna.

Yo digo del feliz Rustaquio, hijo  
Del bárbaro Abdelmon, humilde ollero,  
Que hoy en su afortunada estrella fijo  
De la ancha Libia vuela el cetro entero:  
Solo deste en mi libre regocijo  
Me falta el bien de ser su prisionero,  
Que de un hombre dichoso, aun las cadenas  
De bienes suelen ser y gustos llenas.

Cuando en el trato humano considero  
La altiva magestad, la real grandeza  
Con que un hombre avasalla un mundo entero,  
Y se hace dél á su pesar cabeza:  
La ciencia de un filósofo, el severo  
Rostro de un senador, la fortaleza  
De un soldado, el nivel de un arquitecto,  
Y el compás de un artifice perfecto:

La luz del sol, del mundo la alegría,  
Las perlas de la mar, los granos de oro  
Que en sus entrañas para el hombre cria,

Fuentes de gusto, venas de tesoro,  
Mármoles, jaspes, bronces, pedrería,  
Que por curiosidad, pompa y decoro,  
Da á sus teatros y ciudades bellas,  
Y el suntuoso primor dellos y dellas:  
La religion, el trato, las maneras  
De fiestas y comidas regaladas,  
Prados, jardines, cazas, montes, fieras,  
Músicas, y pinturas delicadas,  
La luz, el aire, el cielo, sus esferas,  
Para el servicio humar o fabricadas,  
Las flores, frutas, fuentes, mares, rios,  
Sus bosques, selvas, y árboles sombríos:

Y otros varios deleites de que goza  
El hombre en esta vida á su contento,  
Cuando la juvenil sangre retoza,  
O se madura ya el entendimiento:  
La salud, el linaje, la edad moza,  
Que es del placer el verdadero asiento,  
Y el gusto del saber, que de la cepa  
Humana no hay sabor que tanto sepa.

Cuando todo esto considero, y miro  
Criado el hombre, y hecho á su regalo,  
Lo juzgo por feliz, y no me admiro  
Que perder tanto bien tenga por malo:  
Que tire del vivir, que es dulce tiro,  
Y sin precio un brevisimo intervalo  
De vida, en que gozar de la presente,  
Que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.

Mas cuando vuelvo á ver la humana suerte  
Sujeta al tiempo, y á miseria tanta,  
Y cual frágil cañuela es el mas fuerte  
Cedro que el monte Libano levanta:  
Cuando vecino al polvo y á la muerte  
Está el dosel que mas se le adelanta,  
Los miedos, sobresaltos, sinsabores,  
Vejez, enfermedades, y dolores.

Y sobre todo el curso irreparable  
Con que en los breves dias se consume  
El bien mayor, el gusto mas durable  
Del que en su estado y fuerzas mas presume,  
Halló al hombre tan pobre, tan instable,  
Que toda su grandeza se resume  
En ciega vanidad, locos vaivenes  
De propios males, y de inciertos bienes.

Todo es sombra, y no mas: mas donde en todo  
Es digna de llamar la humana suerte,  
Es á ver cuan á tiento, y de qué modo  
Anda el hombre en la vida, y en la muerte:  
Aquí le dan la mano, allí del codo,  
Aquí le hacen errar, allí que acierte,  
¡Oh laberinto humano! ¡cuán á ciegas  
Los gustos das, ó los contentos niegas!

De la jurisdiccion de la fortuna  
Estos turbios celajes forjó el hado,  
Sin que haya vista tan de lince alguna  
Que el fondo alcance á ver de su nublado:  
Sola ella en dispensar su antojo es una,  
Y Rustaquio Abdelmon su mas privado,  
En cuyo bien jamás supo estar queda,  
Hasta darle la cumbre de su rueda.

Por todas las edades que en el mundo  
Mi estrecha alma gozó vital aliento,  
De fortuna favor tan sin segundo  
Mi vista vió, ni en su memoria sientó:  
Y la larga esperiencia en que me fundo  
No es de un año ni dos, de diez, ni ciento,  
Millares de años son, y años perfetos  
Los que el mundo he cursado, y sus secretos.

Dejo ahora el contar como criadas  
Las almas ya, por áspero castigo  
De sus primeras culpas, son ligadas  
En frágil nudo al cuerpo su enemigo:  
Y como de uno en otro barajadas  
Siempre mudando van casa y abrigo,

Y en nueva forma y vida diferente  
Eternas vueltas dan eternamente.  
Hoy suelen habitar un cuerpo humano,  
Y mañana hallarse en el de un bruto,  
Yo fui primero un capitán troyano,  
Después Armodio un noble dióluto:  
Una vez fui gigante, otra fui enano,  
Otra Lisander un mordaz astuto,  
Y dentro de Pitágoras el mudo.  
Al mundo hice un filósofo saúdo.  
Después fui rey, después un elefante,  
Tras esto la ramera Aspasía, y luego  
Atenodoro, un fiel representante,  
Y Epidices, cobarde orador griego:  
Fui Terpandro, gran músico y danzante,  
Que á la arpa añadió una cuerda, y ciego.  
Olvíde los primores que sabía,  
Camello fui otra vez, gallo otro día.  
Médico de opinion, y mal poeta,  
En Perianro nací, y el seso lleno  
De quimeras seguí tras la imperfecta  
Senda sin encontrar un verso bueno:  
Fui Epicuro gloton, fui la indiscreta  
Filomena, fui el asno de Sileno,  
Fui Focion hablador de dichos vanos,  
Y fui Ademédes, jugador de manos.  
Fui Eráclito el risueño, fui el mendigo  
Parresias, fui Diomédes el tirano,  
Y entre estos varios mundos al abrigo  
De un árbol de oro fui pavon lozano:  
Puesto de la fortuna por testigo  
A los ciegos discursos de su mano,  
Donde de un barajado mundo á tiento  
Los disgustos reparte, y el contento.  
En medio lo poblado de la tierra  
Un altísimo monte se levanta,  
Que un yerto cerro y escabrosa sierra  
Hasta las cumbres es desde su planta:  
Su altura aquí en pomposos ramos cierra  
De un árbol celestial la insigne planta,  
De esmeraldas sus hojas, de oro el tronco,  
Lustroso de una parte, y de otra bronco.  
Lleva por fruta y flor honras y afrentas,  
Una y otra fortuna indiferente,  
Y ella en sus ramos puesta con violentas  
Manos la coge y da confusamente:  
Al pié del árbol van olas hambrientas  
Sin tiento de confusa y ciega gente,  
Que por los riscos sin cesar trepando,  
Unos cayendo van, y otros volando.  
En piñas de oro cae la fruta altiva,  
Y coge cada cual la mas galana,  
Y si bien todas de oro caen de arriba,  
Una podrida sale, y otra sana:  
Unas llenas de muerte, otras de esquiiva  
Afrenta y otras de honra soberana,  
Este lisonjas halla, el otro honores,  
Y á otro un áspid le pica entre las flores.  
De gusto aquel, y de tesoros llena  
Su pina coge, y al cerrar la mano  
En lugar del contento halla pena,  
Y las riquezas vueltas aire vano:  
Por uno al fin que acierta con la buena,  
La suerte yerran mil, ¡oh engaño humano!  
Que la fortuna puesta sobre todos  
De un error rie los diversos modos.  
Yo aquí imitando su pomposa rueda,  
En la que de mis plumas componia,  
Lozano pavon vuelto á la vereda,  
Del curso humano fui gran tiempo espía:  
Y aunque vi allí grandezas de que pueda  
Hacer alarde aquí la lengua mia,  
Ni en esta edad hallé ni en otra alguna,  
Como la de Abdelmon igual fortuna,  
Muchos hay que de humildes fundamentos

Se alzarón á supremas dignidades  
Príncipes hubo, cuyos nacimientos  
Apenas los conocen las edades:  
Pero fueron al fin sus crecimientos  
Hijos de sus altivas voluntades,  
Saliéndole á ayudar en el camino  
Por esta ó la otra parte á su destino.  
Mas Rustaquoio Abdelmon que hoy rige al mundo  
Todo es parto feliz de la fortuna,  
Ella el paso primero, ella el segundo  
Dió, y los demás en su creciente luna:  
Ni él la solicitó, ni su fecundo  
Reino le debe diligencia alguna,  
Que cuanta magestad goza en su altría,  
Todo es hinchado golpe de ventura.  
Esto cantaba el ruisenor al vuelo,  
De las aves que oyéndole se espantan,  
Que con arpadas lenguas siempre al cielo  
Misterios á este semejantes cantan:  
Y no sin causa, que en el mauro suelo  
Así en las cosas de Abdelmon discantan,  
Que de cuantos adoran en la luna  
Por monstruo le confiesan de fortuna.  
Rústico hijo de un humilde ollero,  
En Africa le halló su estrella un día,  
Que formar el dibujo verdadero  
De un hombre venturoso pretendia:  
Fue de su dicha el escalon primero  
Un real carbunco, en quien el sol hacia  
Nuevo retrato suyo, y entre peñas  
El á los ojos con vislumbres señas.  
Huyendo una enroscada sierpe, que arde  
En sus escamas de oro el campo raso,  
Que el triplicado silbo al pié cobarde  
A tiempo le hizo huir medroso el paso,  
Donde la rica piedra haciendo alarde,  
Esta de su beldad tropezó á caso,  
Y al caer sin tiento en el estéril llano,  
Fortuna misma se la dió en la mano.  
Y él sin hacer de su valor estima  
Tibia la lleva y desgadamente  
Cuando á Vanicio vió que era la prima  
En presuncion de su aldeana gente:  
Vióle la piedra, y vió como no estima  
Su resplandor el bárbaro insipiente,  
Que en ignorantes manos la mas fina  
Perla se vuelve humilde cornerina.  
Y él conociendo el sin igual tesoro  
Que en su estrecha materia se incluia,  
En cuya estimacion es pobre el oro,  
Y humilde la mas noble pedrería;  
Guardándole á su dicha aquel decoro  
Que á tan nuevo favor se le debía,  
De todo su caudal se necesita  
Por comprar la preciosa margarita.  
Compróla, y dió por ella su pobreza,  
Y con ella quedó próspero y rico,  
No sabe en qué emplear tanta riqueza;  
Que el mundo todo á su grandeza es chico:  
Ya del sayal le enfada la bajeza,  
En brocado trocar quiere el pellico,  
Sobre su estéril paja está acostado,  
Y allí se sueña en tálamo dorado.  
Despierta, y confiado en su tesoro  
De pajes se rodea y de criados  
Ricas bajillas, reposteros de oro  
Del pincel de su antojo fabricados:  
«El día, dice, y la ventura adoro,  
Que tales siglos me tenían guardados  
Para ser en la tierra sin segundo,  
Pues nací pobre, y mando ahora el mundo.  
Bien en este carbunco hay dos millones,  
Un grave estado compraré del uno,  
Ricas preseas del otro, altivos dones,  
De aparato cual otro fue ninguno:

Y aun tales podrán ser las ocasiones,  
Y el tiempo en mi favor tan oportuno,  
Que llegue á ser emperador potente,  
Desde el tostado egipcio al mauro ardiente.  
Al humilde Rustaquoio, que es el hombre  
Que para mi halló esta gran riqueza,  
Cuando de ver mi magestad se asombre  
Daré altivo la mano á su pobreza:  
O ilustre celo con honrado nombre  
De criado, si alcanzare á tanta alteza,  
Y no es paga escesiva al beneficio,  
Admitirle desde hoy en mi servicio.  
Mia esta rica piedra de derecho  
Era, como tambien ahora es mia,  
Que el ollero Abdelmon en mi barbecho  
Se la halló, porque tras mí venia:  
Yo no tengo como él ánimo estrecho,  
Que desde que nací ser rey queria,  
Y la feliz estrella en cuanto ofrece  
A los brios que inclina favorece.  
Que nube al viso humano tan oscura  
Es la fortuna, el hado y su destino!  
¡Por qué rodeos camina la ventura  
Cuando quiere salirlos al camino!  
Pobre Rustaquoio vió entre la verdura  
Este tesoro que á mis manos vino,  
¡Quien entonces le viera juzgaria  
Por suya la ventura, y era mia?  
Así Vanicio en bárbaros discursos  
Quimeras fabricaba por los vientos,  
Midiendo el cielo á palmos, y á sus cursos  
Dando y quitando ley y movimientos:  
Tan vario, que á ser de oro los concursos  
Y avenidas de vanos pensamientos  
Que á su ambicion venian, ni la hartaran,  
Ni sus torpes locuras concertaran.  
¡Qué de Vanicios en humildes lechos  
La luz contempla de la aurora fria,  
Que un mar de locas pretensiones hechos  
Todas las cumplen esperando el día:  
Y en quimeras y monstruos contrahechos  
Desvelan la inconstante fantasía,  
No viendo que las cuentas sin dineros  
En saliendo la luz son todas cero!  
Abdelmon de otra parte en el cuidado  
De cien rubios cequis con que Vanicio  
Compró el precioso globo, desvelado  
De su aldea se finge un gran patricio:  
Mas la fortuna á cuenta de su hado,  
Codicioso de dar al mundo indicio  
De sus milagros dió muestra segura,  
Que no consiste en trazas la ventura.  
Tenia Abdelmon por lisonjero amigo  
A Almohadi, cierto árabe embustero,  
De sus secretos singular testigo,  
Y de su alma desnuda dueño entero:  
Este en traje de paz fiero enemigo,  
Deseoso de hacer presa en el dinero,  
A las ruinas de un antiguo muro  
Se le hizo enterrar por mas seguro.  
Y aquella noche el cauteloso moro,  
De hambrienta codicia el pecho lleno,  
A robar del sincero amigo el oro  
Por las tinieblas fué de un bosque ameno:  
Cuando á tiento huscando el fiel tesoro,  
De un frio áspid halló el mortal veneno,  
Que trocándole el curso de la suerte,  
Por rubio oro le dió pálida muerte.  
Entretanto á Abdelmon en triste sueño  
Morfeo le pinta de su amigo el caso,  
Despierta, y va á buscar de su pequeño  
Tesoro el breve globo, y bulto escaso:  
Y viendo el pago que el mortal beleño  
Al falso moro dió, suspendió el paso  
De la muerte medroso, y la serpiente

Que aun en torno del muerto cuerpo siente.  
Mas libre con la nueva luz del día,  
Su pequeño tesoro toma y parte,  
Del ardiente calor de Berbería  
Hacia la mas oculta y ciega parte:  
Porque en la muerte que presente via  
Teme que alguno sin razon le encarte,  
Y no le aprovechó, que el oro hallado,  
Que á otros suele salvar, le hizo culpado.  
Por la codicia de los rubios tejos  
Seis cuadrillas salieron á buscalte,  
Y una dellas bajar le vió de lejos  
De una alta sierra á un encubierto valle,  
Y que entre unos manglares mal parejos  
Tropa alarbe le espera por roballe,  
Donde vida y dineros le quitara,  
Si la que á prenderle iba no llegara.  
Ya las rendidas manos en un lazo  
Presas le halló la escuadra diligente,  
Que á toda prisa el áspero ribazo  
Saltó, y dió en los alarbes de repente:  
Y ellos en firme y en gallardo brazo  
Preso y vidas defienden juntamente,  
Y al brio de sus rústicos contrarios  
Varias heridas dan, y golpes varios.  
Ya en porfiada batalla y cruda guerra  
Los unos en los otros marañados,  
Pedazos hechos la sangrienta sierra  
Caer los vió en sus faldas destrozados:  
Y de ocho dos valientes de la tierra  
De Abdelmon, en mil partes lastimados,  
Vivos solos quedaron, y el cautivo  
A costa de sus muertas vidas vivo.  
Parecióles estorbo y demasia  
Volver preso de allí el cautivo mozo,  
O porque su temor se lo impedia,  
O la codicia ó bárbaro destrozo:  
Despojéronle al fin lo que traia,  
Y de la selva en un profundo pozo,  
Que su delito deje mas cubierto,  
Lo despeñaron, y quedó por muerto.  
Dióse por tal Rustaquoio desde luego,  
Y trazó la fortuna su caída  
Por mejor levantarle, y así el ciego  
Pozo no le quitó, mas le dió vida,  
Que como quien despierta del sosiego  
De un dulce sueño el alma divertida,  
A mirar comenzó por el profundo  
Si via los reinos ya del otro mundo.  
Y no del hondo infierno llama horrible  
En ciego humo, y rechinar sonoro,  
A un tibio rayo vió de luz visible  
Mas rubias masas de centellas de oro:  
Volvió del todo en sí (¡ caso increíble!)  
Y en medio se halló de un gran tesoro,  
Que allí la ciega antigüedad, ó el hado,  
A su ventura le tenia guardado.  
Salía por cien torcidos escalones  
La bóveda sin luz de oro preñada  
A unos desbaratados paredones,  
Fábrica en otros siglos celebrada:  
Sacó el moro feliz de los montones  
De joyas una entre otras señalada,  
Un rico alfanje, cuya pedrería  
Una ciudad su estimacion valia.  
Quiso en Tunez venderle á menosprecio,  
Que la hambre no come perlas ni oro,  
Y el espanto de joya de tal precio  
A voces dió por saltador al moro:  
Llévatle preso al rey, que con desprecio  
De su ánimo real, quiere el tesoro,  
Y por él en la torre de palacio  
Cárcel le dieron y prision de espacio.  
Budebuz, rey famoso de Marruecos,  
Por lo infeliz de una batalla brava,

BIBLIOTECA DE NUESTRO LEON  
UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1912



De la alta torre en los desvanes huecos  
Despojada del reino y preso estaba,  
A cuyo oído los preñados ecos  
Del gran tesoro que Abdelmon negaba  
Llegaban, y deseó por experiencia  
Ver del moro el asejo y la presencia.

Fue cosa fácil darle gusto en eso  
Por serles cárcel una misma torre,  
Hizo graves preguntas al rey preso  
Al mancebo en la fama que del corre,  
Y halla que en todas tiene fondo y peso,  
Y una estrella feliz que le socorre,  
Y casi le arrebató en rauda vuelo  
A levantar su nombre y fama al cielo.

De otra parte Abdelmon estando cierto  
Ser de Marruecos rey el que allí estaba,  
O fuese virtud propia, ó encubierto  
Rayo de luz que su ánimo guiaba;  
Al real valor, aun no del todo muerto,  
Del feroz rey, y su persona brava,  
El preso moro se inclinó de suerte,  
Que servirle ofreció hasta la muerte.

Era prudente el rey, y en los sucesos  
Notó del moro una feliz ventura,  
Y enderezar con ella sus aviesos

Más que furor le pareció cordura:  
Quiso el rigor templar de sus escesos  
Con arrimarse á senda mas segura,  
Y mientras su fortuna no serena  
Valerse en sus azares de la ajena.

Descubrióle su pecho, y él gozoso  
En firme confianza se preliere  
De dar la mano al rey, y un venturoso  
Con cuanto intenta sale, y cuanto quiere,  
Contentóse el de Tunez codicioso  
Con su alfanje feliz sea cuyo fuere,  
Dando á su dueño libertad, y en ella

Cumplidos los furores de su estrella.

Al rey despues en su prision esquivada  
Con sutil artificio por su mano  
Seguro le escaló la torre altiva,  
Y libre le sacó del rey tirano:

Y en su escondida cueva entre la viva  
Luz del tesoro le escondió ufano,  
Cuya inmensa riqueza despues pudo  
De armas y gente armar al rey desnudo.

Hizo su general el despojado  
Al fiel Rustaquio, y él con su ventura  
El reino recobró, y le dió el estado  
Con mayor cetro y silla mas segura:  
Que no se contentó de ver ganado  
Lo que halló perdido, mas en dura  
Sujecion puso yugo y quitó leyes  
Del africano suelo á treinta reyes.

El suyo agradecido á sus servicios,  
Ya con paterno amor y fe sincera,  
En dulce premio le ofreció propicios  
Los brazos de Aja su única heredera,  
Pagando con los mismos beneficios  
Que obligado le halló, y desta manera  
De humildes padres le hizo el alto cielo  
Gran miramamolín del libio suelo.

A Vanicio en sus trazas y su cuenta  
Diverso fin le dió la incierta suerte,  
Que entre la paz y la codicia hambrienta  
Le dieron por robar la joya muerte:  
Y sus bajillas, pajes, y su renta  
Con él la tierra en polvo los convierte,  
Tan incierta es como esto y tan oscura  
En los humanos casos la ventura.

#### ALEGORIA.

En Angélica perseguida de Venus, y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irle fal-

tando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que también en los ojos que la vian fuese faltando el deleite que antes causaba, ó porque el honor significado por Angélica es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad: y así á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenia, al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la honra se quedan en calma.

El tizon hadado de Dulcía, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generación: es á saber, calor, humedad y espíritu, y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud, y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y como todas son pregoneras de su providencia divina.

En el canto del ruiñeñor se muestra como de los bienes humanos el mas precioso es la libertad: y en los sucesos de Rustaquio Abdelmon, de que pequeños principios nacen las magestades del mundo, y cuan poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

### LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO. Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y que dándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, el se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

Así siguiendo el ingenioso Orlando  
Su opinion fue, y su cuento peregrino,  
Concluyendo en lo uno y otro, cuando  
El día en su luz, y el sol en su camino:  
Y el astuto Garilo, que en el blando  
Discurso á su jornada robó el tino,  
De un intrincado bosque en la espesura  
Se los dejó, y halló la noche oscura.

La catalana astucia, el bosque ciego,  
La oscura noche, y el faltarles guia,  
A otorgar les forzó el dañoso ruego  
De la traidora cautelosa espía:  
Y un caído alcázar, que del tiempo el fuego  
Convirtiendo iba ya en ceniza fria,  
En sus rotos desvanes sin abrigo,  
El que no tiene ofrece á su enemigo.

Fuese la noche entre quietud y sueño,  
Y sabrosos olvidos de cuidados,  
Y al levantarse el día con risueño  
Semblante, y ojos garzos y dorados,  
El castillo hallaron sin su dueño,  
Y los que en él estaban despojados  
De arneses unos y otros de vestidos,  
Y á un modo en mil maneras ofendidos.

Suben á lo alto de una antigua torre  
Por descubrir lo que en el campo habia,  
Cuande á la lonja que á la puerta corre  
Guardarla un hombre armado parecia:  
El conde altivo que su arnés recorre,  
Y el brioso Brilladoro en quien venia,  
Mas del desprecio que del robo hecho,  
Fuego lanza la vista y rabia el pecho.

Cual espumoso rio, que deshecha  
La presa que enfrenado le tenia,  
Furioso rompe, y por la puerta estrecha  
Lo mismo saca que antes le impedia,  
Y no de sus riberas se aprovecha,  
Antes furioso dellas se desvia,  
Y de verse oprimir mas enojado  
Lleva entre los pesebres el ganado;

Bien así la ira del francés caudillo,  
Viéndose despreciado de un villano,

No una almena le tira, ni un ladrillo,  
Mas furioso con una y otra mano  
La alta torre trastorna del castillo,  
Que á estremecer bajó su estruendo el llano,  
Donde si Brilladoro no huyera,  
Muerto de un golpe y enterrado fuera.

Medrosos unos, y otros admirados  
Del ademan con que á vengar sus quejas  
Muros envia, torres y tejados,  
Los hombros encogieron y las cejas:  
Y el torreón con sus mármoles labrados,  
Aun las molduras todavía parejas,  
Así se via entre árboles plantado,  
Que nacer parecia do aquel prado.

Garilo que estar vivo cree apenas  
Al pié temblando del francés trofeo,  
Y que tras él se vienen las almenas,  
Como tras de la música de Orfeo;  
La sangre y brio se le heló en las venas,  
Y arrepentido de su mal deseo  
Hierro al caballo mete en los costados,  
Que el miedo hace giuetes estremados.

Corrió una legua sin llamarle el freno,  
Y aun allí alguna almena le hallaba,  
Que como rayo á quien le falta el trueno  
Tras él venia volando, y le alcanzaba:  
Hasta que en un espeso bosque ameno,  
Donde su oculta gente le esperaba,  
Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro  
Arrojando tras él deshecho el muro.

De los demás franceses despojados  
La burla mas ó menos celebrada,  
Dellos furiosos, delles reportados,  
De unos reida y de otros suspirada:  
Por entre antiguos mármoles quebrados  
De la arruinada torre desmochada  
Que el conde abrió, y una encubierta escala  
La luz les hizo señas de una sala.

Antecámara de otra parecia,  
A cuya puerta estaban dos candados,  
La arquitrabe y molduras de atauja,  
Aunque ya de matices deslustrados:  
Las puertas de marfil y pedrería,  
Los pilares de pórfido labrados,  
Y en el ténpano encima el frontispicio,  
De la avaricia entretallado el vicio.

Puesto en las ondas del Estigio lago,  
De sed el infeliz Tántalo ardiendo,  
Muriendo por tomar dellas un trago,  
Y por no le tomar también muriendo:  
Que deste injusto vicio es justo pago  
Vivir deseando lo que está temiendo,  
Y tener las riquezas sin gozallas,  
Para solo el tormento de guardallas.

Viendo puertas con tantas cerraduras,  
No hubo francés que no alargase el paso,  
Por si hallara detrás de sus pinturas  
Los tesoros de Midas y de Craso,  
O algunas armas, ropa y vestiduras  
Para remedio del presente caso:  
Llegan, y á dos vaivenes dan sin duelo  
Con puertas y candados en el suelo.

Y todos en monton confuso entrando  
Por la sala temblar se vió el castillo,  
No iba con ellos el prudente Orlando,  
Aunque bastó el rumor á divertillo,  
Donde en el muro estaba fulminando  
Con duras rocas al gascon caudillo,  
Y la sala quedó cual de repente  
Los techos borda el sol del rojo Oriente.

De blanco mármol con relieves de oro,  
O era labrado, ó serlo parecia,  
Y entre mosaicos lazos por decoro  
Un Oriente de varia pedrería:  
De acuñados escudos gran tesoro